Dreams: Un juego y un asesino

Jesús Rubio Perales

Image not found.

Capítulo 1

El candelabro iluminó toda aquella oscuridad, pero lo único que se diferenciaba en aquella habitación eran dos manos, siendo todo borroso.

Una de las manos giró la manivela tres vueltas completas y se escuchó el pestillo de la puerta. De pronto, la puerta se abrió con un hombre en la entrada qué la observó de arriba a abajo.

La mujer dejaba caer su pelo de color castaño hasta la cintura, un vestido de color blanco qué podría llegarle hasta las rodillas.

La chica miró a la cara del hombre y dejó ver a través de su mirada aquellos ojos verdosos. El hombre se alejó de la puerta, hizo una reverencia y la mujer pasó a través del espacio que le cedió él.

-Dama-dijo el hombre-.

La habitación carecía de sentido propio. Las paredes eran de un color azul celeste y a su vez de color blanco. En el centro, se encontraba un piano qué ocupaba gran parte de la habitación y no muy lejos, un sillón.

-¿Kilov, podrías tocar lo mismo qué aquella noche?

-Claro, señora-Respondió el hombre-.

El hombre cerró la puerta y seguidamente, se acercó al piano. Se sentó en un banco qué estaba oculto debajo de aquél enorme mueble y, a su vez, la mujer se sentó en el sillón. El hombre se preparó en el lugar y comenzó a salir de aquél instrumento una sutil y dramática melodía qué emocionó a la dama.

Unos minutos pasaron y el tiempo pasó volando. La mujer disfrutaba lo qué expresaba Kilov pero su pecho le dolía más y más por cada tecla qué él daba... Su agonía era más fuerte y profunda hasta llegar al último acorde.

El viento se volvió más fuerte y una rama de un árbol golpeó la ventana qué estaba detrás de la dama. El impacto dejó caer varias hojas, pero ella ignoró aquello.

La puerta se abrió lentamente con un chirrido demasiado fuerte. La dama se tapó los oídos y Kilov se dirigió hacia la puerta. La luz se fue y la única luz qué quedaba de allí era una última vela que podría apagarse con el viento helado qué venía de fuera. De pronto, la figura de una persona estaba mirando a la dama desde la entrada de la habitación. Vestía una túnica de color blanco y la cara, era tapada por una máscara qué decía en

la frente: »kid«.

—¿¡Vuelves de nuevo a por mí!?—Gritó la mujer mientras se alejaba al otro extremo de la habitación—.

Al momento, aquél ser ya se estaba acercando a ella cuándo sacó una daga de su manga izquierda. Se deslizó en un breve frenesí hacia la mujer, pero a un paso de distancia, Kilov desenfundó una pistola de chispa qué tenía escondida detrás de él.

La luz se apagó y el disparo retumbó en toda la habitación y todo su alrededor. La dama alzó los brazos hacia todas las direcciones intentando buscar tocar algo en aquella oscuridad absoluta pero, de pronto, algo la lanzó a través de la ventana y de la nada estaba cayendo a un vacío que no tenía fin.

El tiempo colapsó y la distancia a su vez, también. Los ojos de la dama dejaron de ver la casa en la lejanía. Sus parpados pesaban más y más cada vez. Otro disparo se escuchó y todo se volvió más oscuro a su vez, siendo una siniestra pesadilla.

Capítulo 2

Aquella noche chispeaba. Las nubes se unían unas a otras, y el cielo, lleno de colores oscuros, no dejaban dar paso a ningún rayo de luz a través de aquél cielo negro.

Todo era borroso menos los detalles qué eran necesarios. A través del pasillo en el séptimo vagón del tren, la puerta corredera se abría, entrando un chico de pelo castaño y ojos café. Avanzó ciertos pasos y se hizo visible una puerta qué estaba a su lado. Sin pensarlo, entró a aquella habitación.

La habitación es pequeña. En el interior solo hay dos sofás, colocados de forma lateral y, al fondo, un cristal qué permitía ver el paisaje desde los asientos. El chico se sentó en el asiento izquierdo, él más próximo al cristal. Apoyó la cabeza en su brazo y observó cómo caía la pequeña llovizna en el cristal.

Los ojos del chico son de color gris, tan gris como las nubes qué se iban volviéndose más oscuras ,y todo lo qué se encontraba a su alrededor era tan confuso que apenas era visible.

Poco a poco, el paisaje aclaraba dejando ver qué el suelo de más allá del cristal, era una pradera verde y mucho más allá se podía ver la orilla del mar. La llovizna se convertía con el rato más y más fuerte, el viento era ligero hasta qué en un momento, de pronto se podía divisar a lo lejos un árbol qué parecía ser llevado a través de aquella ventisca de lo fuerte que era.

Cada vez los ojos le pesaban más y más, poco a poco, hasta caer dormido en aquél asiento. Mientras tanto, el viento se volvía tan fuerte hasta arrancar la misma pradera y, las gotas de la lluvia se convirtieron en escarcha y nieve, dejando todo el paisaje bañado de un blanco cristal.

El chico abrió los ojos. No estaba en el vagón. Parpadeó varias veces hasta aclarar la vista y pudo ver como caían gotas del techo hasta las sábanas de su lado.

Estaba tumbado en una cama, arropado por dos mantas de diversos colores y en una habitación vacía, tan vacía qué lo único que había era aquella cama pero, tan amplia como tres habitaciones pero a la vez no.

Se incorporó de la cama y pudo ver al fondo una puerta de madera que estaba abierta y podrida. En la entrada, había un gato negro de ojos rojos y en el cuello, un cascabel plateado. El animal miraba al chico desde allí,

sin cerrar sus intimidantes ojos ni tampoco moverse.

El chico miró hacia todos lados, pero de la nada, un interruptor estaba saliendo de su lado a través de la pared. Volvió la mirada a aquél gato pero ya no estaba en la entrada, sí no que estaba encima de una mesa en el centro de la habitación observándole con sus ojos rojos qué ardían de cólera.

Intentó levantarse de la cama pero el gato ni se inmutó de ello, seguía mirándole con la vista fija en él. Buscó el interruptor anterior con la mano, rozó el plástico y lo pulsó.

La persiana de la habitación se abrió de pronto y una luz blanca hizo desaparecer al gato de allí. La puerta estaba abierta y se podía ver que frente a ella estaba un pasillo con varias habitaciones separadas por varios centímetros.

El chico, olvidó todo aquello y se levantó. Caminó hacia la puerta ignorando aquella fuente de luz y al llegar a la puerta, se asomó a través del pasillo. En el pasillo veía todas aquellas puertas unidas hasta qué la oscuridad de allí se tragaba toda fuente de luz como una espiral, sin dejar un final. Abrió la puerta qué tenía frente a él.

La habitación parecía un cuarto de baño. En la esquina izquierda de allí estaba una ducha y a su izquierda un cristal enorme.

Sin dudarlo, entró dejando la puerta abierta. Se acercó al cristal, acariciando el borde de madera pero no se veía en él, sí no qué no había ningún reflejo de por sí. De pronto, escuchaba unos pasos acercarse. Por el sonido parecían ser unas botas, siendo cada vez más fuerte el sonido. El chico, de por sí, su corazón latía cada vez más deprisa hasta sentir qué explotaba. La luz qué salía a través de la persiana desapareció, entrando una luz asolada de tono grisáceo.

Cerró la puerta de golpe y miró detrás de él. Había una puerta allí a la que salió corriendo hacia el otro extremo de la habitación aunque de pronto, la entrada se abrió por completo con un chirrido por lo que el chico se volvió con el corazón casi detonado.

En la entrada estaba una figura de una persona. Vestía una túnica negra, sus pies calzaban unas botas mojadas y su cara, llevaba una máscara con una amplia sonrisa.

Aquél ser se paró por un segundo, estudió al chico y continuó caminando hacia él. Las pulsaciones se le aceleraban más y más por cada paso qué daba. Hasta que un brazo, salió a través de la pared, empujándole hacia la puerta. El ser se paró frente a él, con una daga en su mano izquierda

observando cómo era absorbido por ello.

Caía a un vacío. Cerró los ojos pero al abrirlos se encontró en una habitación con las paredes y el techo de color blanco. No hubo impacto. Se incorporó aunque había allí una máscara qué flotaba. Un ser igual al anterior estaba frente a él, camuflado por el aspecto de la habitación.

La máscara se alzó hacia más arriba hasta llegar a flotar, saliendo gotas de sangre de los agujeros qué eran los ojos.

— ¡¡CORRE!!—Gritó la máscara—.

Una puerta apareció a través de la pared de pronto y una ventisca sacudió la habitación. La puerta se abrió sola y el chico salió volando a través de la ventisca. Una vez pasó a través de ella, se cerró desapareciendo.

Todo era oscuro, tenía frío y todo aquello consternaba cuerpo. Sus pupilas pesaban cada vez más mientras caía a un vacío qué ni él sentía nada más que aquello. Entonces, sus ojos se cerraron.

Sus ojos lloraban piedras, de la boca salía agua y de los oídos asomaban pájaros volando.

Abrió los ojos y el dolor desapareció. Estaba en aquella habitación de antes, tumbado y arropado en una cama con dos mantas. En la puerta, un gato de color blanco con sus dos pupilas de color azul le observaba.

La persiana estaba abierta y la luz salía de forma qué iluminaba toda la habitación hasta la salida. El pasillo, tenía todas las puertas abiertas pero no tenían rumbo, no había nada en ellas más qué la entrada de una luz qué quemaba hasta la pintura de las paredes. La habitación de enfrente salía fuego a través de ella y otra, se escuchaba pequeños golpes contra la pared.

El chico se incorporó, mientras, el gato le observaba con gran detalle sus movimientos, estudiándole. Caminó hacia la ventana y miró a través de ella.

Tres cubos gigantes asomaban hacia la espesura en un vacío blanco grisáceo y silencioso. El cielo, un color verde y el sol, estaba tan cerca como la luna y la luna se podía ver a lo lejos del cielo, casi al lado del sol a punto colisionar.

Un avión de papel aterrizó deslizándose a través de la ventana esquivando al chico. Se desvió en una curva y una corriente salía de la puerta, volviendo a salir a vuelo hasta aterrizar encima de una superficie qué salía

a través de las paredes.

El chico, no se inmutó. Volteó hacia detrás y sobresaltó del susto al ver aquél animal. Miró a su derecha aquella estructura nueva y tomó la nota, ignorando al gato de nuevo.

~Silense~

For Angeline, 1764.

La nota comenzó a arder, convirtiéndose en un conjunto de intensas llamas y un humo negro. Soltó él papel y el gato se levantó, bostezó una vez levantado y miró de arriba abajo una vez más al chico.

—¿Qué haces niño…? Molestas.

El chico volvió la mirada. Sobresaltado, sus manos temblaban del susto provocado por el animal.

—No me digas más… No puedes hablar, ¿Cierto?

El gato saltó hacia la cama, con una agilidad y una sutileza incluso impropia del mismo animal.

—Eres peor qué un libro abierto.

El gato se volvió hacia la puerta y caminó con sus cuatro patas, de diferentes colores. Pasó a través de ella y desapareció.

El chico, sin dudarlo, siguió al gato hacia donde estaba. Inspeccionaba la puerta, rozó con sus manos la madera pero a su vez, no era madera, sí no algo liso pero la madera tenía algunos volúmenes. De pronto, la puerta le absorbió dejando vacía la habitación hasta desaparecer todo el espacio.

Solo había oscuridad y nada más. A lo lejos sonaba un cascabel entre la penumbra qué siguió como un animal aquél sonido extraño. El chico ya había olvidado a aquél gato aunque lo acababa de ver.

De pronto, el cascabel dejó de sonar y el chico se paró de pronto. Unos pasos de acercaban hasta donde estaba él y su corazón se aceleraba poco a poco.

—Quédate quieto—Dijo el gato—.

Las botas se acercaban cada vez más hacia él hasta sentir una respiración

detrás de su cuello, gélida y cortante.

Detrás de él estaba alguien, pero no sé inmutó. Sé limitó a ignorar al joven y se volvió hacia atrás, regresando por él camino por el qué volvió.

El cascabel volvió a sonar y prosiguió su sonido. Sus ojos ya se habían acostumbrado y podía ver al gato como miraba hacia el horizonte, con el cuello girado mirando hacia la derecha.

—Corre…—Maulló a mitad de la palabra el gato—.

Al pronunciar esas palabras, salió corriendo hacia la izquierda y él, le siguió intentando seguir el paso. De pronto, un graznido de ira se escuchó a espaldas del joven.

El chico se volvió, aguzó el oído y fijó la vista a lo lejos en la penumbra. No muy lejos había una bestia de dos metros. Un pájaro gigantesco con dos garras como patas y su plumaje estaba bañado de un brillo como el cristal, con un fondo negro oscuro.

La bestia gritó una vez más. El chico se tapó el oído y mucha sangre brotaba a través de sus oídos.

—¡SALTA! —Gritó el gato—.

El chico se dio la vuelta. Estaba frente a un abismo oscuro y tenebroso, volvió la mirada hacia abajo y no había fin. Sin dudar, saltó al vacío pero solo duró varios segundos. Cuándo abrió los ojos, estaba subido en una plataforma, volando entre la penumbra.

Poco a poco, varias luces se encendían a su alrededor como pequeñas esferas de diferentes colores, iluminando aquella penumbra. Cerró sus ojos y al abrirlos, ya no estaba allí. Estaba en una habitación pequeña y sin salida. Las paredes y el suelo son de color negro y el techo, un azul marino y oscuro, con pequeños puntos dispersos hasta parecer un paisaje del mismo espacio. El ambiente es frío, demasiado para cualquiera y una pequeña penumbra de niebla estaba en la atmósfera.

—Hola de nuevo. Ha pasado un rato pero es lo qué tiene que cada lugar pase el tiempo de una forma diferente… O demasiado para mi singular gusto—Esbozó una sonrisa y dejó salir un maullido en la última vocal—.

Se incorporó. Caminó varios pasos intentando hacerse paso pero el frío se lo impedía; congelaba sus huesos, sus párpados poco a poco pesaban más, temblaba a no poder más y su iris grisáceo, se volvía más y más oscuro.

El gato estaba tumbado en una plataforma pegada a la pared. Saltó al suelo y una mesa salía de la pared hasta formarse una plataforma como soporte.

—Tienes que firmar el contrato. Recuerdas tú nombre, ¿Cierto? Sí no, te daré yo uno.

El chico caminó hacia aquella mesa extraña, abrazado a sí mismo por el frío de la habitación. Una vez allí, sus pupilas se volvían más y más oscuras. Observó la parte superior, intentó alzar la mano para rozar la mesa pero a penas sentía su extremidad.

—Escribe tu nombre, por favor, ahora te explicaré todos los detalles—Sonrió el gato—.

El chico agarró un bolígrafo, qué se encontraba al lado de un papel escrito en un idioma extraño. Al final del papel, se encontraba un apartado vacío, entonces, escribió su nombre.

—Ahora, podrás hablar, supongo. Inténtalo sin esfuerzo, por favor.

El chico abrió la boca como sí la hubiera tenido cosida, despegando sus labios y la voz salió de ella. Agarró su cuello en las cuerdas vocales, intentando hablar pero solo balbuceaba.

—Supongo qué ha de dolerte… Bueno, no importa.

Arnov cayó al suelo.

—Ahora mismo ha de dolerte la garganta pero es normal. Tus cuerdas vocales han vuelto a su sitio, la boca ha sido descubierta y poco a poco, recordarás bien todo… Después de todo, no te habrás dado cuenta de qué solo recordabas lo qué ocurría 5 segundos antes, ¿Cierto? No. Lo dudo, no tienes suficientemente listo en ese sentido mientras te guiabas por tu propio instinto.

Arnov intentó acercarse al gato arrastrándose por el suelo pero, sus párpados se volvían más y más pesados lentamente. Todo se volvía más oscuro y las estrellas del techo se volvían más y más oscuras.

—Has de tener miedo… Frío… Te dolerá todo el cuerpo, después de todo dudo qué estés bien con ese aspecto pero… ¿No has pensado qué eres? ¡Por favor, no sabes ni dónde estás! Me has seguido como un animal, al primer ser qué te dijo. ¡¡SÍGUEME. POR FAVOR!! Pero ahora… Pareces un gusano restregándose en el suelo intentando suplicar algo de ayuda… Das pena ahora mismo… ¡Porqué no sabes ni qué tienes dislocado el brazo

izquierdo y qué tu pierna derecha tiene el hueso fracturado!

Poco a poco, su cuerpo brotaba un dolor semejante a sus palabras. Se volvía tan pesado su cuerpo hasta ser insostenible. En un último esfuerzo, Arnov intentó ponerse boca arriba y atrapar al gato, dando todos sus últimos esfuerzos pero ya era imposible. Su brazo izquierdo se encontraba dislocado y su pierna derecha estaba partida. Alargó su mano a su codo y el dolor se volvió tan fuerte qué gritó de agonía.

—Te está buscando… Como a todos los demás. Descansa ahora mientras puedes, una vez qué despiertes, vete por la puerta. Pero recuerda, siempre hay una puerta para salir aunque es imposible qué sobrevivas—Esbozó una leve sonrisa con sus bigotes el gato—.

Sus ojos se cerraron. Los abrió en un último esfuerzo. Todo lo qué se encontraba a su alrededor giraba a su alrededor, pero, por encima de él a una prudente distancia se encontraba la figura de un ser pequeño.

—He apostado por ti. No me defraudes…

Los ojos cayeron, cerrados bajo una llave en un profundo sueño.

Capítulo 3

Una gota caía tras otra del techo hasta impactar contra el suelo. El ruido de algo moverse surgió en aquella atmósfera indescifrable y silenciosa, la gotera se desvió y las gotas qué caían dejaron de caer al suelo, impactando en la frente de una persona.

Arnov abrió los ojos. Su cuerpo se encontraba flotando en el aire, frente a él, había una de las muchas puertas qué atravesó anteriormente. Pasaban los segundos, los minutos y su vista se aclaraba poco a poco. Inclinó su cuerpo hacia delante y con un gesto de buceo, intentó acercarse a la puerta qué se encontraba a un metro de él.

Poco a poco se iba acercando, hasta qué de pronto, su mano rozó el pico de un objeto. Se fijó donde había sentido aquél tacto y pudo divisar como había algo transparente qué parecía estar dormido. No quería pensar demasiado lo qué se encontraba allí pero, intentó acercarse poco a poco e inspeccionó el lugar con sus manos. Era un cubo como sí girara en sí mismo. El aire se volvía algo más violento, se agarró al cubo para no ser tirado por la ráfaga de viento y él mismo cubo salió por los aires, dejando intacto al chico y siendo impactado aquél extraño objeto.

A varios metros de Arnov, aquél cubo empezaba a girar sobre sí mismo. Poco a poco, dejaba de ser un cubo invisible y transparente hasta volverse un cubo de madera con un crujido en su interior muy desagradable. Mientras, Arnov pensaba qué se encontraba ante una amenaza como las locuras anteriores. Hizo un intentó con el anterior gesto hasta llegar a la puerta qué se encontraba a una distancia más lejana de la qué parecía, pero se volvió para ver a aquél extraño cubo con una expresión de angustia.

El cubo se volvió en un reloj de cuco, del que salió una especie de pájaro gigante, atravesando muchas zonas del reloj. Sus garras eran enormes y de un color blanco; su pico sobresalía de la zona superior hasta ceder la madera y salir toda su cabeza. El cubo flotaba en aquella atmósfera junto a Arnov, hasta qué una nube, se cruzó frente a ellos. El chico, de inmediato intentó una vez más llegar hacia la puerta pero estaba bastante lejos como para alcanzarla en tan poco corto tiempo. Cuándo la nube atravesó al reloj de cuco o a esa extraña criatura, ya no estaba allí, sí no qué parecía haber desaparecido.

—Bienveniiiiiiiiido—Gritó el pájaro—Por lo viiiiisto, has teniiiiido muchos problemas hasta llegar aquíííí. La saliiiiida está más allá de esa puerta ¿Recuerdas quiiiiién eres por casualiidaaad?

Arnov no respondió. Aún intentaba escapar de aquella habitación hasta qué él cubo resurgió frente a él de la nada encima de la puerta. Las

pupilas del animal se volvieron más pequeñas y sus garras, ejercieron tal fuerza hasta casi partir la puerta. El crujido de la madera llegó a alterar de cierta forma las nubes y toda la atmósfera se volvía oscura.

—Muuy ceerrrca… Responde a mi pregunta humano…

Arnov se paró en seco al ver aquél pajarraco frente a él. Irguió su cuerpo en el aire lo mejor posible. Las nubes se volvían poco a poco más oscuras, más densas de lo normal y él atmósfera parecía el abismo qué vio antes.

—Arnov. Arnov es mi nombre—Dijo él con total seriedad—.

El pájaro comenzó a reír y el chico se encogió en sí mismo. Bajó la mirada hacia abajo y era cierto, flotaba sobre algo parecido a un cielo pero no había un final.

—Y… ¿Quiiiién te puso ese nombrrre? —Respondió el pájaro con total seriedad—Yo no te he viiisto antes…

—Quiero irme… Por favor…

Arnov apretó los puños. El pájaro salió de aquél cubo como una cría de su cascarón y alzó en vuelo hacia él. Se posó en el aire frente a él y las pupilas del pájaro cambiaron de color a un azul marino. La atmósfera recuperó aquél color qué era, un azul casi blanco y las nubes, eran como nubes de azúcar.

—Yo me preguntaaba… ¿Quiiiién eres tú? Pero… Una pregunta aun mucho mejor es… ¿Qué haces tú aquíí…? Pero… Responde a mi pregunta niño humano—Inclinó su cuerpo enorme y su pico rozaba casi la frente de Arnov. La voz de aquél pájaro parecía arder de ira y sus ojos, penetraban dentro de él como cuchillos—¡¿QUIÉN TE DIO UN NOMBRE?!

—Él… Él ga-ga-gato…

El ave volvió su cuerpo erguido. Arnov volvió la mirada hacia arriba, él ave inspeccionó de arriba abajo al chico. Su pelo grisáceo y del mismo color sus pupilas, como vestía una simple camiseta de color blanco y un pantalón gris.

Se alejó de su lado y la puerta hizo un chirrido, acercándose lentamente como sí tirara de él aquella bestia.

—No pensaba qué ese embustero apostara por tii…—Se quejó el ave—Busca a Luna. Ella posiiblemente te ayude.

La puerta apareció de un momento a otro frente a él y abierta. El espacio estaba vacío como un cristal dando reflejo y, una vez más, Arnov cerró los

ojos mientras era absorbido como el vuelo de un avión de papel siendo atraído a un tifón. Al abrirlos, se encontraba ante un descampado. La hierba y diversos tipos de flores se extendían a su alrededor en todo el horizonte hasta un bosque. Al oeste, había una cerca de madera y un poco más lejos, se veía unas vacas comer el pasto.

Arnov se tiró al suelo, tapó su vista con su codo. Esperó varios minutos cerrando los ojos y abriéndolos, observando el paisaje y las nubes como cambiaban de forma continuamente. El cielo era tan azul y las nubes eran tan pocas qué se sentía pequeño cada vez qué inspeccionaba su alrededor. El sol menguaba y la noche se ponía con la luna llena. Se incorporó del suelo Arnov y miró a su alrededor, la oscuridad consumía todo lo qué le rodeaba. A lo lejos, un grupo de hombres caminaban en formación a través de un pequeño sendero entre los árboles, cubierto por la maleza.

Caminó sigilosamente sin hacer ningún ruido entre la maleza, acercándose por detrás de ese diminuto grupo. Eran cinco hombres, uno en el centro y los otros cuatro a su alrededor. Él hombre del centro llevaba una antorcha, vestía una capa roja y un casco de hierro, mientras qué los demás no se diferenciaba por la oscuridad.

El grupo no se detenía. Se acercó a la cerca y la atravesaron, en cambio, Arnov bajó de aquella pequeña colina diminuta y empezó a seguirles a sus espaldas a través del sendero agachado, deslizándose entre la hierba. Al poco rato, a lo lejos se veía una luz a través de una ventana con un amplio ventanal en la cima de otra colina. Poco a poco la antorcha iluminaba la estructura del domicilio, caminando él grupo hacia arriba. Arnov se fijó en qué subían por unas escaleras de piedra muy mal formadas, por lo qué los hombres iban casi saltando. El grupo se detuvo de pronto y el chico por igual, se detuvo, escondido detrás de un árbol. Una puerta se abrió y un hombre apareció, dejando salir una luz mucho mayor, dejando ver a los demás.

El hombre vestía una ropa extraña creada de lino, los otros hombres iban con cotas de malla y una armadura extraña; en sus cinturas, iba colgada una espada corta de punta.

Arnov se acercó prudentemente sin hacer ningún ruido. El grupo de soldados empezaron a hablar y el hombre, retrocedió.

—Tened—Escuchó Arnov entre la maleza. Provenía del hombre qué vestía la ropa de lino, entregándoles una bolsa—No volváis hasta dentro de 2 semanas…

Los hombres comenzaron a reírse a carcajadas. Él hombre del centro levantó la mano y dejaron de reírse, uno de sus hombres le entregó la bolsa y retrocedieron. Arnov, de pronto, se dio cuenta de qué volvían por

el mismo camino, es decir, él sendero en el qué estaba. Se agachó hasta casi estar tumbado en el suelo, miró a su alrededor, intentando hacer el mínimo ruido.

—Maldito viejo, siempre molestando—Habló Caroc de pronto—.

—Déjalo en paz. Pronto morirá y todas sus tierras sucumbirán a Jiliox… Maldita rata obesa—Se quejó uno de los hombres qué iban al frente—.

—¡A CALLAR!—Gritó él hombre del centro—¡Caroc, Galba. Al llegar, limpiaréis las letrinas!

Ambos, bajaron la mirada y uno del grupo empezó a reírse. De pronto, Caroc se volvió al escuchar como crujían las ramas y como caían algunas de ellas.

—Odio este lugar—Dijo Caroc—.

—Quedaros quietos—Dijo con voz cortante el hombre del centro—.

El grupo miró a su superior. Caroc miró hacia donde provenía aquél ruido y Galba puso su mano sobre él pomo de su espada. El resto, se miraron entre ellos.

—Señor, ¿Qué ocurre?—Preguntó el soldado más adelantado—.

Arnov se deslizó entre las ramas, tiró de una de ellas y comenzó a excavar por debajo de un tronco con sus manos intentando escapar. Él árbol estaba hueco y muerto, de pronto, una de las ramas cayó a su lado y por poco no caía encima de su cabeza.

Agarró un matojo de hojas y sé las puso por encima de su cuerpo, sé tumbó por dentro del árbol. Aguzó el oído y sentía como los soldados se iban acercando hacia donde él estaban.

—Desenvainad—Dijo él hombre al mando—¡FORMAD!.

Todos desenvainaron sus armas qué iban escondidas, dejando solo ver sus pomos a simple vista en la oscuridad. El capitán del grupo caminó varios pasos, se adaptó y colocó sus miembros en una pose y miró a su alrededor. Mientras, los demás soldados le rodeaban tomando una

formación.

Arnov tragó saliva. Estaba a un metro de distancia del grupo, alejado del sendero. Él grupo empezó a caminar poco a poco avanzando con los ojos bien abiertos.

—¡¿Señor? No hay nadie! El anciano vive solo, es imposible qué pueda haber-

—MUY BIEN CHICOS, ¡así os volveréis buenos soldados! Descansad y … Caroc, definitivamente, harás letrinas cuándo volvamos.

Arnov dejó salir una expresión de alivio al escuchar esas palabras. El resto del grupo se miraron otra vez entre ellos menos Caroc, qué tenía la boca abierta con la cabeza bajada. Envainaron las espadas cortas y prosiguieron su camino mientras hablaban de multitud de diferentes temas, mientras, Caroc, tenía ganas de llorar por preguntar al optio.

Se incorporó de entre las ramas, alejándose de aquél árbol. Volvió al sendero y caminó hacia la casa qué pudo ver antes. Al verla, se acercó y inspeccionó aquellas escaleras en muy mal estado, por lo qué casi tenía qué saltar y escalar para subir a través de ellas. Una vez arriba, tocó la puerta y él hombre de lino se presentó ante él.

—¡No-no-no, no me digas qué vienes con los romanos!—Exclamó el hombre y Arnov evitó su mirada, dirigiendo sus pupilas hacia otro sitio—No… Eres un viajero… ¿Cierto?

—Supongo…

Él hombre se alejó de la puerta y la luz de su hogar dio de cara a Arnov. Iluminó su cara pálida, sus ojos grisáceos y del mismo color su pelo extraño pelo sedoso.

—¡Pasa, pasa hombre! Creo que aún me queda algo de comida… Sí me queda… ¡Perdona mis molestias!

—Gracias…—Susurró él—.

Arnov caminó al interior de domicilio. Él suelo estaba formado por unas placas de madera y las paredes de un material extraño. Frente a él, se encontraba la entrada de otra habitación dónde esperaba el anciano al chico. Su vestimenta era la de un vestido de lino qué le llegaba hasta los tobillos; su pelo, rubio y él color de sus ojos un verde como la maleza del campo.

—¿A qué esperas? ¡Pasa al interior!

Caminó varios pasos hacia delante hacia la puerta. Él hombre le dio una palmada en la espalda qué casi le tira al suelo, por lo qué tambaleó su equilibrio. Alzó la vista hacia su alrededor: una mesa en el centro rodeada de sillas, unas estructuras parecidas a una cocina y una cama en la esquina de la habitación. Volvió la mirada hacia atrás. Él hombre estaba al lado de la puerta, asegurándola. De pronto, se fijó en qué habían aparecido una multitud de sacos repletos de comida. Frotó sus ojos y los sacos ya no estaban llenos, sí no vacíos.

Al darse cuenta, él propietario ya estaba frente a él. Le dio la vuelta alargando el brazo a través de sus hombros y le mostró la habitación alzando la mano.

—No es mucho, ¿Cierto? Pero todo esto es lo qué tengo. Vamos, pasa de una vez y siéntate—Empujándole hacia adelante—.

—Sí insistes…—Esbozó una sonrisa el anciano—.

Se sentó en una de las sillas y él hombre caminó hacia lo qué parecía una cocina. Sacó de una bolsa escondida dentro de uno de los compartimentos de allí, pero, Arnov no estaba pendiente ya qué su mirada estaba perdida en la espesura que se veía a través de la ventana. Sus ojos brillaban en la oscuridad como sí bailaran serpientes, avivando una paz terrible.

—Mi nombre es Doctum…—Dijo él mientras intentaba sacar algunas cosas de la bolsa—.

Cerró los ojos por cinco segundos, al abrirlos, frente a él se encontraba un fuego ardiendo como una erupción de un volcán. A lo lejos, escuchaba las voces de unos niños reír mientras él mismo hombre les gritaba. Volvió la mirada hacia la mesa, qué de la nada, un plato con algo de fruta se encontraba de frente en la mesa.

Volvió la mirada hacia él fuego pero estaba apagado. Sus pupilas se posaron sobre la comida, se encontraba podrida pero volvió a parpadear pero estaba en perfecto estado. Agarró un trozo de manzana y antes de morderla, el hombre le hizo una indicación para qué le diera atención.

—¿Tienes algo a cambio?

Dejó la manzana en él plato. Le respondió con una mirada sin ningún sentimiento, frío como el hielo y se levantó. Caminó hacia la entrada y cruzó la puerta exterior, hasta qué él hombre le llamó. Cuándo se volvió, un saco estaba en el aire directo hasta su cabeza. Al darse cuenta, estaba en el suelo. Agarró el saco y salió del domicilio, saltó las escaleras con facilidad y caminó varios metros. Dedicó una última mirada y la casa

ardía.

No había entendimiento ninguno. Cruzó el sendero y se desvió hacia la extensa llanura de antes. Al rato, se sentó encima de una piedra y sus dientes se clavaron en una manzana.

Hacía frío pero no lo suficiente; tenía hambre pero tampoco lo sentía… Solo un sueño enorme, por lo qué se tumbó de inmediato observando las estrellas, hasta qué quedó dormido.

Al despertar, ya no estaba en aquella llanura entre la maleza, sí no en una habitación vacía y su cuerpo, estaba situado sobre una cama muy bien colocada. Se incorporó y intentó recuperar la cordura de todo lo sucedido; aquellas extrañas visiones o qué lo parecían, aquél gato, el pájaro. Alzó la mirada y allí estaba, otra vez él gato mirándole en una plataforma.

—Veo qué ya estás mucho mejor… Dime Arnov, ¿Estás preparado?